

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SERMON SOBRE LA DISCIPLINA CRISTIANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Argumento del sermón. La palabra de Dios nos ha hablado y ha sido presentada para nuestra exhortación, diciendo la Escritura: "Recibid la disciplina en la casa de la disciplina" (Ecli. LI, 31, 36). La disciplina se llama así por el aprendizaje; la casa de la disciplina es la Iglesia de Cristo. ¿Qué se aprende aquí, o por qué se aprende? ¿Quiénes son los que aprenden y de quién aprenden? Se aprende a vivir bien. Se aprende a vivir bien para llegar a vivir siempre. Aprenden los cristianos, enseña Cristo. Primero, pues, qué es vivir bien; luego, cuál es la recompensa de la buena vida; tercero, quiénes son los verdaderos cristianos; cuarto, quién es el verdadero maestro, dignaos escuchar brevemente lo que decimos, según nos lo concede el Señor. Todos estamos en la casa de la disciplina, pero muchos no quieren tener disciplina; y lo que es más perverso, ni siquiera en la casa de la disciplina quieren tener disciplina. Cuando deberían recibir la disciplina en la casa de la disciplina para guardarla también en sus casas, ellos, por el contrario, quieren tener indisciplina no solo en sus casas, sino llevarla consigo a la casa de la disciplina. Por eso, aquellos para quienes no es vano el verbo de Dios, que unen el corazón al oído; que no son el camino donde la semilla, al caer, es recogida por las aves; que no son lugares pedregosos donde la semilla no puede tener raíz profunda y al momento brota y se seca al calor; que no son campo espinoso donde la semilla, al germinar y comenzar a elevarse, es sofocada por la densidad de las espinas: sino que son tierra buena preparada para recibir la semilla y dar fruto, ya sea al ciento, al sesenta o al treinta por uno (recordad, vosotros que no entráis sin motivo en la escuela de la disciplina, que he mencionado estas parábolas del Evangelio [Mat. XIII, 3-23]): que, pues, los que son así, reciban lo que el Señor se digna decir por medio de mí. Pues yo, ya que Él siembra, ¿qué soy? Apenas el cesto del sembrador. Él se digna poner en mí lo que os esparce. No atendáis, pues, a la vileza del cesto, sino al amor de la semilla y al poder del sembrador.

CAPÍTULO II.

2. Debe decirse qué es vivir bien. Los preceptos de vivir bien están comprendidos en un solo mandato breve y claro. ¿Qué es, pues, vivir bien, que aquí se aprende? Hay muchos preceptos en la Ley, en los cuales se contiene, se ordena y se aprende la buena vida. Son muchos, innumerables. Apenas alguien puede enumerar las páginas de los preceptos, cuánto menos los mismos preceptos. Sin embargo, Dios quiso, para aquellos que podrían excusarse, ya sea porque no tienen tiempo para leer, o porque no saben leer, o porque no pueden entender fácilmente, para que nadie tenga excusa en el día del juicio, quiso, como está escrito, consumir y abreviar la palabra sobre la tierra, como el profeta había predicho de Él: "Porque el Señor hará una palabra consumada y abreviada sobre la tierra" (Is. X, 23). Esta misma palabra consumada y abreviada, Dios no quiso que fuera oscura. Por eso es breve, para que no falte tiempo para leerla; por eso es clara, para que nadie diga: "No me fue posible entenderla". El tesoro de las Escrituras divinas es grande, teniendo en sí muchos preceptos maravillosos, como muchas gemas, y joyas preciosas, y vasos inmensos y de gran metal. Pero, ¿quién puede escudriñar este tesoro, y usarlo, y llegar a todo lo que hay allí? Cuando el Señor dio esta semejanza en su Evangelio, y dijo: "El reino de los cielos es semejante a un tesoro hallado en un campo"; para que nadie se dijera a sí mismo menos capaz de escudriñar el tesoro, inmediatamente dio otra semejanza: "El reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, quien halló una perla preciosa, y vendió todo lo que tenía, y la compró" (Mat. XIII, 44-46): para que si eras perezoso para escudriñar el tesoro, no seas perezoso para llevar una perla bajo la lengua, y caminar seguro a donde quieras.

CAPÍTULO III.

3. Mandamiento de amar a Dios y al prójimo. Quién es el prójimo. ¿Cuál es, pues, la palabra que consume y abrevie? Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas (Id. XXII, 37-40). He aquí lo que se aprende en la casa de la disciplina: Amar a Dios, amar al prójimo; a Dios como a Dios, al prójimo como a ti. No encontrarás igual a Dios, para que se te diga: Ama a Dios como amas a aquel. Del prójimo se te ha encontrado una regla, porque se ha encontrado que eres igual a tu prójimo tú mismo. ¿Buscas cómo amar al prójimo? Atiende a ti mismo; y como te amas a ti, así ama al prójimo. No hay donde errar. Quiero ya, pues, encomendarte a tu prójimo, para que lo ames como a ti mismo: quiero, pero aún temo. Quiero decirte: Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo; y temo: aún quiero examinar cómo te amas a ti mismo. No te enojés, pues. No eres tú mismo fácilmente dejado, a quien se le ha de encomendar el prójimo: no se ha de tratar contigo de manera pasajera. Tú eres un solo hombre, tus prójimos son muchos. No debes entender primero al prójimo como hermano, o pariente, o afín. El prójimo es todo hombre para todo hombre. Se llaman prójimos el padre y el hijo, el suegro y el yerno. Nada tan próximo como el hombre y el hombre. Pero si pensamos que no son prójimos sino los que nacen de los mismos padres, consideremos a Adán y Eva; y todos somos hermanos. Y ciertamente hermanos según lo que somos hombres, cuánto más según lo que somos cristianos. En cuanto a lo que eres hombre, un padre fue Adán, una madre Eva: en cuanto a lo que eres cristiano, un padre es Dios, una madre la Iglesia.

CAPÍTULO IV.

4. Cómo debe amarse a sí mismo aquel a quien se le ordena amar al prójimo como a sí mismo. Ved, pues, cuántos prójimos tiene un solo hombre. Todos los hombres con los que se encuentra, a los que puede unirse, son sus prójimos. ¿Cómo, pues, ha de examinarse si se ama a sí mismo, a quien se le han de encomendar tantos prójimos, para que los ame como a sí mismo? No se enoje, pues, cada uno, si examino cómo se ama a sí mismo. Ciertamente yo examino, él mismo se encuentre. ¿Para qué examino? ¿Porque yo lo voy a encontrar? Por eso examino, para que él mismo se interrogue, él mismo se aparezca, él mismo no se oculte, él mismo no se esconda de sí mismo, él mismo se ponga ante sus ojos, no detrás de su espalda. Hágalo mientras yo hablo, hágalo sin que yo lo sepa. ¿Cómo te amas? Quienquiera que me escuches, más bien quienquiera que escuches a Dios por medio de mí, en esta casa de la disciplina, atiende a ti, cómo te amas. Pues si te pregunto si te amas, respondes que te amas. ¿Quién se odia a sí mismo? Esto dirás: ¿Quién se odia a sí mismo? Entonces no amas la iniquidad, si te amas. Pues si amas la iniquidad, no lo digo yo, escucha el Salmo: "Quien ama la iniquidad, odia su alma" (Sal. X, 6). Entonces si amas la iniquidad, escucha la verdad; la verdad no te adula, sino que te dice abiertamente: Te odias. Cuanto más dices que te amas, te odias: "Quien ama la iniquidad, odia su alma". ¿Qué diré de la carne, que es la parte más vil del hombre? Si odia su alma, ¿cómo ama su carne? En fin, los que aman la iniquidad y odian su alma, ejercen toda clase de vileza con su carne. Entonces, quien ama la iniquidad, ¿cómo querías que se te encomendara el prójimo, para que lo amaras como a ti mismo? Hombre, ¿por qué te pierdes? Pues si tú mismo te amas de tal manera que te pierdes; así ciertamente perderás también a aquel a quien amas como a ti. No quiero, pues, que ames a nadie: al menos perezcas solo. O corrige tu amor, o rechaza la compañía.

CAPÍTULO V.

5. Quién ama perniciosamente al prójimo. Hombre bestial. Me dirás: Amo al prójimo como a mí mismo. Claro que lo oigo, lo oigo. Quieres embriagarte con aquel a quien amas como a ti mismo. Hoy hagámonos bien, bebamos cuanto podamos. Mira que así te amas, y lo atraes hacia ti, y lo llamas a lo que amas. Es necesario que a quien amas como a ti mismo, lo atraigas a lo que tú mismo amas. Hombre humano, más bien bestial, amando tales cosas como las bestias. Pues Dios hizo a las bestias postradas en el suelo, buscando alimento de la tierra: a ti te erigió sobre dos pies de la tierra. Quiso que tu rostro mirara hacia arriba. No disuene tu corazón de tu rostro. No tengas el rostro hacia arriba y el corazón hacia abajo: más bien escucha la verdad y haz la verdad, "Arriba el corazón"; para que no mientas en la casa de la disciplina. Pues cuando escuchas, responde: pero sea verdad lo que respondes. Ámate así, y amarás al prójimo como a ti mismo. ¿Qué es tener el corazón hacia arriba, sino lo que se dijo antes, "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente"? Porque, pues, son dos preceptos, si uno dijera, ¿no sería suficiente? Basta también uno, si se entiende. Pues a veces así habla la Escritura, como el apóstol Pablo: "No cometerás adulterio, no matarás, no codiciarás: y si hay algún otro mandamiento, en esta palabra se recapitula, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor al prójimo no hace mal. La plenitud de la Ley es la caridad" (Rom. XIII, 9, 10). ¿Qué es la caridad? Amor. No parece haber dicho nada del amor a Dios, sino que solo el amor al prójimo dijo que basta para cumplir la ley. Cualquiera otro mandamiento, en esta palabra se recapitula, en esta palabra se cumple. ¿En cuál? Amarás a tu prójimo como a ti mismo. He aquí uno. Ciertamente son dos preceptos, en los cuales depende toda la Ley y los Profetas.

CAPÍTULO VI.

Dios debe ser amado por el hombre para ser feliz. El dinero no debe ser amado de tal manera que no estés dispuesto a compartirlo con el prójimo. Ved cómo se ha abreviado más, y aún somos perezosos. He aquí que lo que eran dos, se ha hecho uno. En verdad, ama al prójimo, y basta. Pero ámalo como te amas a ti mismo, no como te odias a ti mismo. Ama a tu prójimo como a ti mismo: pero primero es que te ames a ti mismo.

6. Tienes que buscar cómo te amas a ti mismo; y tienes que escuchar: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente". Pues el hombre, así como no pudo hacerse a sí mismo, tampoco puede hacerse feliz por sí mismo. Otra cosa lo hizo hombre, que no es él mismo: otra cosa lo hará feliz, que no es él mismo. En fin, errando ve él mismo, que por sí mismo no puede ser feliz, y ama otra cosa de la que ser feliz. De lo que piensa hacerse feliz, eso ama. ¿Qué, pensamos, ama, de lo que piensa hacerse feliz? Dinero, oro, plata, posesiones: brevemente digo, dinero. Pues todo lo que los hombres poseen en la tierra, todo lo que son dueños, se llama dinero. Sea siervo, vaso, campo, árbol, ganado; cualquiera de estas cosas, se llama dinero. Y de dónde fue llamado primero dinero. Por eso dinero, porque los antiguos tenían todo lo que poseían en ganado. De ganado se llama dinero. Leemos que los antiguos padres fueron ricos pastores. Entonces amas el dinero, oh hombre: de lo que piensas hacerte feliz, es dinero, y lo amas mucho. Querías amar al prójimo como a ti mismo, comparte con él tu dinero. ¿Qué eras, te examinaba: has sido encontrado; te has aparecido a ti mismo, te has visto, te has considerado. No estás dispuesto a compartir con el prójimo tu dinero. Pero, ¿qué me responde la benigna avaricia? ¿Qué me responde? Si comparto con él, será menos para mí y para él: se disminuirá lo que amo, ni lo tendrá todo él, ni lo tendré todo yo. Pero porque lo amo como a mí mismo, deseo que tenga tanto; para que no se disminuya lo mío, y él se iguale a mí.

CAPÍTULO VII.

7. La envidia es un vicio diabólico que viene de la soberbia. Bien deseando al necesitado, pero sin dar nada. Deseas de lo que no pierdes nada: y ojalá digas esto de verdad, o lo deseas. Pues temo que envidies. ¿Cómo será social tu felicidad, si la felicidad ajena te atormenta? ¿No es cierto que cuando tu vecino comienza a enriquecerse, y a levantarse como si fuera, y a ir tras de ti, temes que te siga, temes que te supere? Ciertamente amas al prójimo como a ti mismo. Pero no hablo de los envidiosos. Dios aparte esta peste de las almas de todos los hombres, no solo de los cristianos; vicio diabólico, por el cual solo el diablo es culpable, e inexpiablemente culpable. Pues no se dice al diablo para que sea condenado: Cometiste adulterio, robaste, usurpaste la villa ajena: sino, Al hombre que estaba de pie le envidiaste su caída. La envidia es un vicio diabólico: pero tiene su madre. Se llama soberbia la madre de la envidia. La soberbia hace envidiosos. Sofoca a la madre, y no habrá hija. Por eso Cristo enseñó la humildad. No hablo, pues, a los envidiosos, hablo a los que bien desean. A ellos hablo que desean bien a los amigos, para que tengan tanto como ellos. Desean bien a los necesitados, para que tengan tanto como ellos: pero no quieren darles de lo que tienen. De eso te jactas, hombre cristiano, porque deseas bien? Mejor que tú es el mendigo, que te desea más cosas, y no tiene nada. Quieres desear bien a quien no recibe nada de ti: da algo a quien bien desea. Si es bueno desear bien, devuelve la recompensa. El pobre te desea bien, ¿qué temes? Añado algo: Estás en la casa de la disciplina. Añado algo a lo que he dicho: Da al que bien desea; es Cristo. Él mismo te pide quien te dio. Avergüénzate. Aquel rico quiso ser pobre, para que tuvieras pobres a quienes dar. Da algo a tu hermano, da algo a tu prójimo, da algo a tu compañero. Tú eres rico, él es pobre. Esta vida es un camino, camináis juntos.

CAPÍTULO VIII.

8. La carga de las riquezas debe disminuirse, compartiendo con el pobre. Excusa cruel de los avaros velada con el nombre de piedad. Pero tal vez dices: Yo rico, él pobre. Camináis juntos, ¿no? ¿Qué es lo que dices, Yo rico, él pobre; sino, Yo cargado, él ligero? Yo rico, él pobre. Mencionas tu carga, alabas tu peso. Y lo que es más grave, has atado tu carga a ti: por eso no puedes extender la mano. Cargado, atado, ¿de qué te jactas? ¿de qué te alabas? Desata tus ataduras, disminuye tu carga. Da al compañero, y lo ayudas a él, y te alivias a ti. Entre estas voces tuyas alabando tu carga, aún Cristo pide, y no recibe: y presentas el nombre de piedad con voces crueles, y dices: ¿Y qué dejo a mis hijos? Le opongo a Cristo, me responde con sus hijos. Esta es una gran justicia, que tenga para que se deleite tu hijo, y carezca tu Señor. Pues cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. ¿No leíste, no advertiste? Cuando no lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40, 45). ¿No leíste, no temiste? He aquí quien carece, y cuentas a tus hijos. Finalmente cuenta a tus hijos, añade uno entre ellos, tu Señor. Tienes uno, sea él el segundo; tienes dos, sea él el tercero; tienes tres, sea él el cuarto: nada de esto quieres. He aquí cómo amas a tu prójimo, a quien haces compañero en esta perdición.

9. ¿Qué te diré, Amas a tu prójimo? ¿Qué le susurrarás al oído, hombre avaro; sino, Hijo, o hermano, o padre, es bueno para nosotros que mientras vivimos aquí, nos vaya bien? Cuanto más tengas, tanto más serás. Rompe la luna, y haz fortuna. Esto susurrarás a tu prójimo, que no aprendiste en la casa de la disciplina, ni escuchaste aquí.

CAPÍTULO IX.

Las perniciosas conversaciones de los avaros deben evitarse. No quiero que ames así a tu prójimo. Oh, si pudiera hacer que no te unieras a nadie. Pues corrompen las buenas costumbres las malas conversaciones (I Cor. XV, 33). Pero no puedo hacer que no te unas a los oídos de otros, a quienes susurras estas cosas malas que no quieres desaprender; y no solo

no quieres desaprender, sino que también deseas enseñar. No quiero, más bien quiero, pero no puedo, separarte de los oídos de otros. Advierto a otros, a cuyas oídos ambicionas, a cuyas oídos intentas penetrar, a cuyos corazones a través de los oídos dispones entrar. Oh tú que recibes la palabra sana en la casa de la disciplina, "Rodea tus oídos con espinas" (Eclí. XXVIII, 28). Corrompen las buenas costumbres las malas conversaciones: rodea tus oídos con espinas. Rodea, y con espinas rodea; para que aquel que se atreva a entrar importunamente, no solo sea repelido, sino también herido. Recházalo de ti. Di: Eres cristiano, soy cristiano: no recibimos esto en la casa de la disciplina, no aprendimos esto en aquella escuela a la que entramos gratuitamente; no aprendimos esto bajo aquel maestro cuya cátedra está en el cielo. No me digas estas cosas, o no te acerques a mí. Esto es, "Rodea tus oídos con espinas".

10. Me convertiré hacia él. Eres avaro, amas el dinero: ¿quieres ser feliz? Ama a tu Dios. El dinero no te hace feliz: tú lo haces adornado, no él a ti feliz. Pero como amas mucho el dinero, y veo que sigues donde te ordena la codicia; perezoso, sigue donde te manda la caridad: mira y ve cuánta es la diferencia entre tu dinero y tu Dios. Este sol es más hermoso que tu dinero, y sin embargo, este sol no es tu Dios. Además, si esta luz es más hermosa que tu dinero, ¿cuánto más hermoso es quien hizo esta luz? ¿Acaso quieres comparar tu dinero con la luz? He aquí que el sol se pone; muéstrame tu dinero. Brilla, y de noche retiro la lámpara; he aquí que eres rico, muéstrame tus riquezas. Ya si te privas de la luz, ya si no tienes con qué ver lo que posees, ¿dónde están tus riquezas?

CAPÍTULO X.

Agudo en ciertos avaros ciegos. Cómo se ordena amar a Dios como al dinero. Golpeando el pecho, sin corregirse, solidifica los pecados, no los quita. Y así, sin embargo, la horrenda profundidad de la avaricia no es visible a los ojos, y abunda en las almas. Hemos visto también avaros ciegos: díganme de dónde son ciegos los avaros, que no ven. Lo que tiene no lo tiene, y sin embargo, el avaro es ciego. ¿Por qué? Porque cree tener, es avaro. La fe lo hace rico: es rico creyendo, no viendo. ¿Cuánto mejor convertir la fe a Dios? No ves lo que posees, y así te predico a Dios. Aún no ves: ama, y verás. Amas el dinero, oh ciego, que nunca verás. Ciego posees, ciego morirás, lo que posees aquí dejarás. No lo tenías ni cuando vivías; porque no veías lo que tenías.

11. ¿Qué se te dice de Dios? He aquí que la misma Sabiduría te dice esto: Ámalo como al dinero (Prov. II, 4). Es indigno, es injurioso, que la sabiduría se compare al dinero: pero el amor se compara al amor. Veo aquí que amas tanto el dinero, que por el mandato del amor al dinero asumes trabajos, toleras ayunos, cruzas el mar, te confías a los vientos y las olas. Tengo de dónde elegir lo que ames, pero no tengo qué añadir al amor con el que amas. Así ámame, no quiero ser amado más, dice Dios. Hablo a los malos, hablo a los avaros: Amáis el dinero, amadme tanto. Ciertamente soy incomparablemente mejor: no quiero de vosotros un amor mayor; tanto como amáis el dinero, amadme a mí. Avergoncémonos al menos, confesemos, y golpeemos nuestros pechos, no para solidificar nuestros pecados sobre el pavimento. Porque quien golpea el pecho y no se corrige, solidifica los pecados, no los quita. Golpeemos el pecho, y golpeémonos, y corrijámonos a nosotros mismos, para que no nos golpee después aquel que es maestro. Hemos dicho qué se aprende aquí: ya por qué se aprende.

CAPÍTULO XI.

12. Aprender letras con la esperanza de un beneficio temporal, cuán común es y cuán vano. El miedo a la muerte. ¿Por qué fuiste a la escuela, por qué fuiste azotado, y llevado por tus padres, y huyendo fuiste buscado, y encontrado fuiste arrastrado, y llevado fuiste extendido? ¿Por qué fuiste azotado? ¿Por qué sufriste tantos males en la infancia? Para aprender. ¿Qué aprender? Letras. ¿Por qué? Para tener dinero, o para obtener honor, y mantener la sublimidad de la dignidad. Mira que, siendo percedero, por una cosa percedera, aprendiste una cosa percedera con tanto trabajo en tantos sufrimientos, y te amaba quien te llevaba a los sufrimientos: él mismo que te amaba, él mismo te llevaba a los sufrimientos; para que fueras azotado, lo hacía amando; para que aprendieras, ¿qué? Letras. ¿Son buenas las letras? Buenas. Lo sé, me dirás: ¿por qué también vosotros, obispos, leísteis letras; por qué ahora tratáis las Escrituras divinas en esa literatura? Así es: pero no aprendimos letras para eso. Porque nuestros padres, cuando nos enviaban a la escuela, no nos decían esto: Aprended letras, para que tengáis de dónde leer los códices del Señor. Ni los mismos cristianos dicen esto a sus hijos. ¿Sino qué? Aprended letras. ¿Por qué? Para que seas hombre. ¿Qué? ¿ahora soy una bestia? Lo que digo, para que seas hombre, es esto, para que seas eminente entre los hombres. De ahí también aquel proverbio: Cuanto más tengas, tanto serás. Para que tengas tanto como los demás, o tanto como pocos; o más que los demás, o más que pocos; tengas de ahí honor, tengas de ahí dignidad. ¿Y dónde estarán todas estas cosas, cuando venga la muerte? ¿Cómo estimula, cómo interpela este miedo? ¿Cómo el mismo nombre mencionado por mí golpeó los corazones de todos? ¿Cómo declarasteis vuestro temor con un gemido como testigo? Oí, oí: gemisteis, teméis la muerte. Si teméis, ¿por qué no os cuidáis? Teméis la muerte: ¿qué teméis? Vendrá: tema o no tema, ha de venir; tarde o temprano, vendrá. Si temes, no lograrás que no sea lo que temes.

CAPÍTULO XII.

13. La muerte es buena, si la vida buena la precedió. Teme más bien aquello que si no quieres, no será. ¿Qué? Pecar. Teme pecar, porque si amas los pecados, caerás en otra muerte; a la que podrías no llegar, si no amaras los pecados. Ahora, sin embargo, perverso, amas más la muerte que la vida. Lejos de mí, dices. ¿Quién es el hombre que ama más la muerte que la vida? Quizás te convenzo de que amas más la muerte que la vida. He aquí de dónde te convenzo. Amas tu túnica, la quieres buena: amas tu villa, la quieres buena: amas a tu hijo, lo quieres bueno: amas a tu amigo, lo quieres bueno: amas tu casa, la quieres buena. ¿Qué es lo que también quieres tener buena muerte? Porque cada día ruegas, para que ya que la muerte ha de venir, Dios te dé una buena muerte; y dices, Dios me libre de una mala muerte. Por lo tanto, amas más tu muerte que tu vida. Temes morir mal, no temes vivir mal. Corrige vivir mal, teme morir mal. Pero no temas: no puede morir mal quien ha vivido bien. Lo afirmo con certeza, me atrevo a decir, Creí, por lo cual hablé: no puede morir mal quien ha vivido bien. Ya tú te dices a ti mismo: ¿No perecieron muchos justos en naufragios? Ciertamente no puede morir mal quien ha vivido bien. ¿No mató la espada hostil a muchos justos? Ciertamente no puede morir mal quien ha vivido bien. ¿No mataron muchos justos los ladrones? ¿No destrozaron muchos justos las bestias? Ciertamente no puede morir mal quien ha vivido bien. Y yo respondo: ¿Te parece mala muerte esta? ¿perecer en un naufragio, ser herido por la espada, ser destrozado por bestias, te parece mala muerte? ¿No sufrieron estas muertes los mártires, cuyos natalicios celebramos? ¿Qué tipo de muerte no sufrieron? Y sin embargo, si somos cristianos, si recordamos que estamos en la casa de la disciplina, ya sea cuando estamos aquí, ya sea cuando escuchamos aquí, si al salir de aquí no lo olvidamos, si recordamos lo que escuchamos aquí, ¿no beatificamos a los mártires? Busca las muertes de los Mártires; pregunta a los ojos de la carne: murieron mal. Pregunta a los ojos de la fe: Preciosa en la presencia del Señor, es la muerte de sus santos (Sal. CXV, 10, 15). Por lo

tanto, cualquier cosa que temas en la muerte, no temas en absoluto, si los imitas. Haz lo necesario para tener una buena vida; y cualquiera que sea la ocasión para salir de este cuerpo, sales al descanso, sales a la bienaventuranza, que no tiene temor ni fin. Porque como buena muerte del rico en púrpura y lino: pero mala muerte del sediento y entre tormentos deseando una gota de agua. Como mala muerte del pobre yacente ante la puerta del rico, entre las lenguas de los perros, en hambre y sed deseando migajas de la mesa: mala muerte, muerte que debe evitarse. Mira el fin: eres cristiano, dirige el ojo de la fe. Sucedió que murió aquel pobre, y fue llevado por los Ángeles al seno de Abraham. ¿De qué le servía al rico el sepulcro de mármol sediento en el infierno? ¿Qué le perjudicaban al pobre los harapos con la pus de sus llagas, descansando en el seno de Abraham? Desde lejos vio a aquel descansando, a quien había despreciado yacente (Luc. XVI, 19-24). Ahora elige la muerte: dime, ¿quién murió bien, quién mal? Creo que mejor aquel pobre, que aquel rico. ¿O quieres ser sepultado con aromas, y tener sed en el infierno? Respondes: Lejos de mí. Creo que esto dices. Aprenderás entonces a morir bien, si aprendes a vivir bien. La recompensa de la buena vida es eterna.

CAPÍTULO XIII.

14. Oyentes de la palabra, algunos aprendiendo, otros recibiendo mal. Los que aprenden, son cristianos: los que oyen y no aprenden, ¿qué al sembrador? La mano del sembrador no teme el camino, no teme las piedras, no las espinas: lanza lo que es suyo. Quien teme que caiga en tierra mala, no llega a la tierra buena. Y nosotros decimos, lanzamos semillas, esparcimos semillas. Hay quienes desprecian, hay quienes reprenden, hay quienes se burlan. Si tememos a estos, no tenemos nada que sembrar, y en la cosecha tendremos hambre. Por lo tanto, que la semilla llegue a la buena tierra. Sé que quien oye y oye bien, disminuye, y progresa: disminuye en iniquidad, progresa en verdad: disminuye en el mundo, progresa en Dios.

CAPÍTULO XIV.

15. Quién es el verdadero maestro. ¿Quién es el maestro que enseña? No cualquier hombre, sino el Apóstol. Claramente apóstol, y sin embargo no apóstol. ¿O queréis, dice, recibir prueba de aquel que habla en mí, Cristo (II Cor. XIII, 3)? Cristo es quien enseña; tiene su cátedra en el cielo, como dije poco antes. Su escuela está en la tierra, y su escuela es su cuerpo. La cabeza enseña a sus miembros, la lengua habla a sus pies. Cristo es quien enseña: escuchemos, temamos, hagamos. Y para que no desprecies también a Cristo mismo, que por ti nació en la carne, envuelto en pañales de mortalidad; por ti tuvo hambre y sed, por ti cansado se sentó junto al pozo; por ti fatigado durmió en la nave, por ti escuchó injurias indignas; por ti no apartó de su rostro los escupitajos de los hombres; por ti recibió bofetadas en el rostro; por ti colgó en el madero; por ti entregó su alma; por ti fue puesto en el sepulcro. ¿Desprecias acaso todas estas cosas en Cristo? ¿Quieres saber quién es? Recuerda el Evangelio que escuchaste: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30).

16. Convertidos al Señor, supliquémosle por nosotros, y por todo su pueblo que está con nosotros en los atrios de su casa: que se digne custodiarlo y protegerlo; por Jesucristo su Hijo, nuestro Señor, que con él vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.